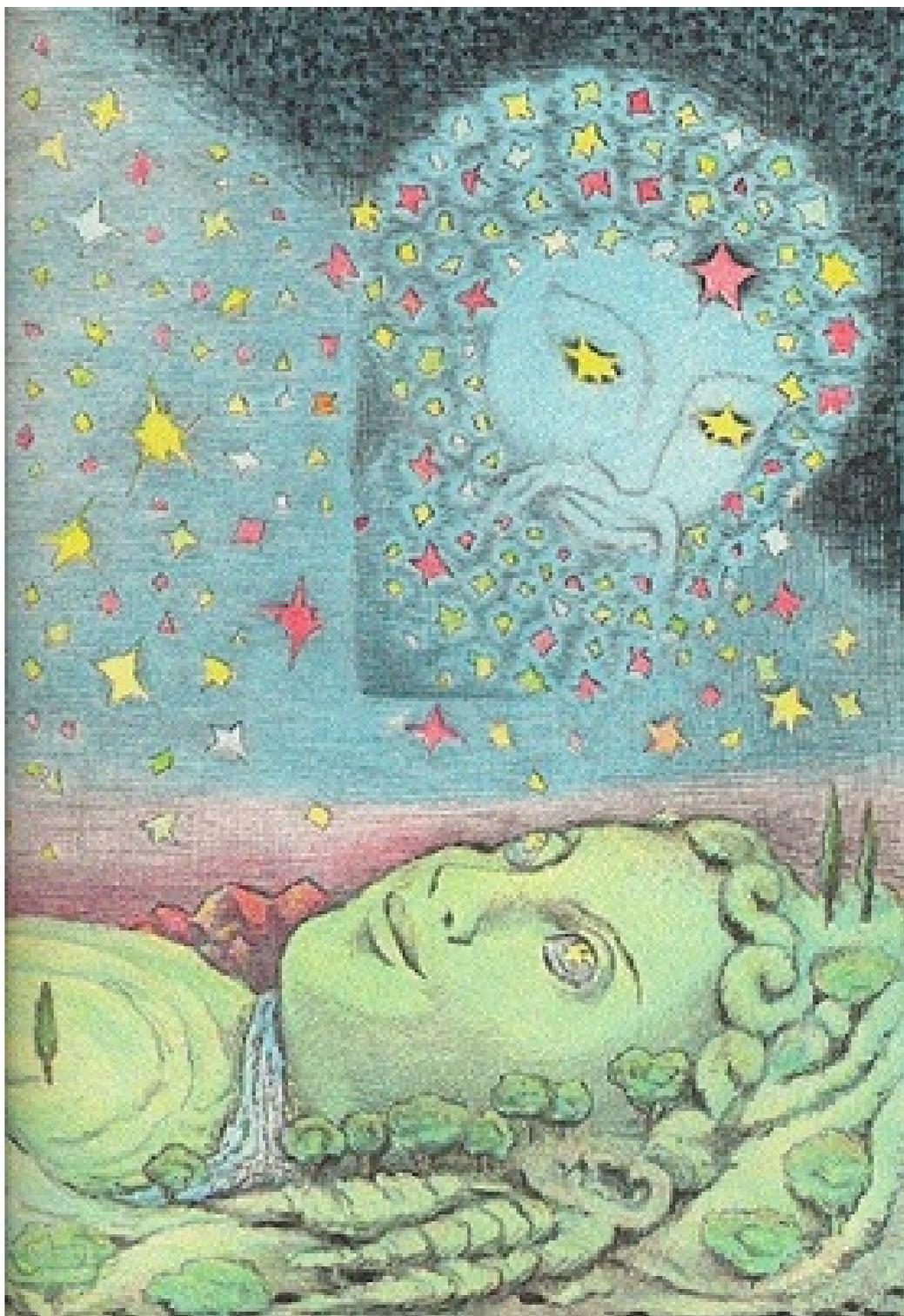


Origen del Mundo

Ginnevra D.



Capítulo 1

ORIGEN DEL MUNDO. -

I dinastía.

Urano y Gea. (Coelus y Terra.)

Los antiguos griegos tenían varias teorías diferentes en relación con el origen del mundo, pero la idea generalmente aceptada era que antes que este mundo llegara a existir, había en su lugar una masa confusa de elementos sin forma llamada Caos. Estos elementos, al fin consolidados (por qué medios no dicen), se transformaron en dos sustancias muy diferentes, la más ligera de las cuales, elevándose hacia lo alto, constituyó el cielo o firmamento y formó como una vasta bóveda global, que protegía la masa firme y sólida de abajo.

Así llegaron a ser las dos primeras grandes deidades primigenias de los griegos, Urano y Gea o Gæa.

Urano, la deidad más refinada, representaba la luz y el aire del cielo, que poseía las cualidades distintivas de luminosidad, calor, pureza y omnipresencia, mientras Gea, la tierra firme y plana, [1] sustentadora de vida, era adorada como la gran madre que todo lo nutre. Sus muchos títulos se refieren a ella más o menos en este carácter y ella parece haber sido universalmente reverenciada entre los griegos, no existiendo apenas una ciudad en Grecia, que no tuviera un templo erigido en su honor; de hecho Gea se mantenía en tal grado de veneración que su nombre siempre se invocaba cada vez que los dioses prestaban un juramento solemne, hacían una declaración enfática o imploraban ayuda.

Se creía que Urano, el cielo, se había unido en matrimonio con Gea, la tierra, y un momento de reflexión nos mostrará qué tan verdaderamente poética y también lógica era esta idea; ya que tomada en un sentido figurado, esta unión de hecho existe. Las sonrisas de los cielos producen las flores de la tierra, mientras que sus ceños fruncidos continuados durante mucho tiempo ejercen una influencia tan deprimente sobre su amorosa compañera, que ya no se cubre con ropajes brillantes y festivos, sino que responde, dispuesta, con simpatía, a ese su estado de ánimo melancólico.

[1] Los antiguos griegos creían que la tierra era un círculo plano, en el centro del cual estaba Grecia. Oceanus, la corriente del océano, la rodeaba; se suponía que el Mediterráneo desembocaba en este río, por un

lado, y en el Euxino o mar Negro, por el otro.

Capítulo 2

El primer hijo de Urano y Gea fue Oceanus, [2] la corriente del océano, la vasta extensión de agua siempre fluyente que rodeaba la tierra. Aquí nos encontramos con otra conclusión, lógica aunque fantástica, que un ligero conocimiento de los mecanismos de la naturaleza demuestra que ha sido justa y verdadera. El océano está formado por las lluvias que descienden del cielo y las corrientes que fluyen de la tierra. Al hacer a Oceanus, entonces, el vástago de Urano y Gea, los antiguos, si tomamos este concepto en su sentido literal, sólo afirmaron que el océano es producido por la influencia combinada de los cielos y de la tierra, mientras que al mismo tiempo su imaginación fervorosa y poética los llevó a ver en esto, como en todas las manifestaciones de los poderes de la naturaleza, una divinidad real tangible.

Pero Urano, el cielo, la encarnación de la luz, el calor y el aliento de la vida, produjo descendientes que eran de una naturaleza mucho menos material que su hijo Oceanus. Se suponía que estos otros hijos suyos ocuparan el espacio intermedio que lo separaba de Gæa. Más cercana a Urano, y justo debajo de él, estaba Aether (Éter), una creación brillante que representaba la atmósfera altamente enrarecida que sólo los inmortales podían respirar. Luego seguía Aër (Aire), que se encontraba cerca de las proximidades de Gea y representaba, como su nombre lo indica, la atmósfera más pesada que rodea la tierra que los mortales podían respirar libremente y sin la cual perecerían. Éter y Aire estaban separados uno del otro por divinidades llamadas Nephelæe. Estas eran sus inquietas y errantes hermanas, que existían en la forma de nubes, siempre flotando entre Éter y Aire.

Gea también produjo las montañas y Ponto (el mar). Ella se unió con este último y sus vástagos fueron las deidades marinas Nereo*, Taumante [o Thaúmas, 'maravilla', 'milagro'], Forcis [y su esposa y hermana] Ceto y Euribia.

Coexistente con Urano y Gea habían dos grandes poderes que también eran los hijos de Chaos. Estos fueron Érebo (Oscuridad) y Nix (Nyx, la Noche), que formaban un fuerte contraste con la alegre luz del cielo y las sonrisas brillantes de la tierra. Érebo reinaba en ese misterioso mundo de abajo, donde ningún rayo de sol, ni destello de luz, ni vestigio de vida terrestre dadora de salud aparecían nunca. Nyx, la hermana de Érebo, representaba la Noche y era adorada por los antiguos con la mayor solemnidad.

También se supone que Urano se había unido a Nyx, pero sólo en su calidad de dios de la luz, considerado el origen y la fuente de toda luz, y sus hijos fueron Eos (Aurora), la aurora, y Hemera, la luz del día. Nyx de nuevo, por su parte también estuvo doblemente unida, después de haber

estado casada en algún período indefinido con Érebo.

Además de esos hijos del cielo y la tierra ya enumerados, Urano y Gea produjeron dos razas muy diferentes de seres llamados Gigantes y Titanes. Los Gigantes personificaron la fuerza bruta por sí sola, pero los Titanes unían a su gran potencia física cualidades intelectuales desarrolladas de diversas maneras. Había tres Gigantes, Briareus, Coto y Giges, que poseían cada uno cien manos y cincuenta cabezas y se conocían colectivamente con el nombre de Hecatonquiros, que significaba de cien manos. Estos poderosos Gigantes podían sacudir el universo y producir terremotos; por tanto, es evidente que representaban esas fuerzas subterráneas activas a las que se ha hecho alusión en el capítulo inicial. Los Titanes fueron doce en total; sus nombres eran: Océano, Ceos, Crios, Hiperión, Japeto, Cronos, Tea, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis.

Ahora Urano, la luz casta de los cielos, la esencia de todo lo que es luminoso y agradable, aborrecía a sus crudos, ásperos y turbulentos vástagos, los Gigantes y, además, temía que su gran poder eventualmente podría resultar perjudicial para él mismo. Por lo tanto, los arrojó al Tártaro, esa parte más baja del submundo, que servía de mazmorra subterránea de los dioses. Con el fin de vengar la opresión de sus hijos, los Gigantes, Gea instigó una conspiración por parte de los Titanes contra Urano, que fue llevada a un exitoso resultado por su hijo Cronos. Hirió a su padre y de la sangre de la herida que cayó sobre la tierra surgió una raza de seres monstruosos también llamados Gigantes. Ayudado por sus hermanos-Titanes, Cronos logró destronar a su padre, quien, enfurecido por su derrota, maldijo a su hijo rebelde y le predijo un destino similar.

Cronos llegó entonces a estar investido de poder supremo y les asignó a sus hermanos cargos de distinción, subordinados sólo a él mismo. Posteriormente, sin embargo, cuando, seguro de su posición, ya no necesitaba de la ayuda de ellos, vilmente les pagó sus antiguos servicios con traición, le hizo la guerra a sus hermanos y fieles aliados y, con la asistencia de los Gigantes, los derrotó por completo, enviando a las profundidades más bajas del Tártaro a los que resistieron su brazo que todo lo conquistaba.

[2] Debido a la vaguedad de los diversos relatos sobre la creación, el origen de los dioses primigenios se explica de diversas maneras. Así, por ejemplo, Océano, para algunos, se convierte en el hermano menor de Urano y Gea.

Tomado del libro A HAND-BOOK OF MYTHOLOGY, 1894. por E. M. BERENS.

Traducción al español: Ginnevera D. © 2016